

# RECORDANDO A MI HERMANO JOSE LUIS

POR JOSE ARRAÑO ACEVEDO

661-051

Hace justamente diez años que descansa en paz. Y he querido recordarlo por que su ejemplo de hermano mayor ha servido de estímulo en mi vida. Lo quisiera mucho pues supo ser sencillo, bondadoso, dueño de un gran corazón.

Fue el mayor de los varones en la docena de hijos de don José Luis Arraño Ortiz y de doña María Soledad Acevedo Caro. Nació en Pichilemu, en noviembre de 1910, después de su escuela natal, ingresó al Seminario Conciliar de Santiago, donde cursara humanidades, haciendo en 1927, en el Instituto de Humanidades "Luis Campino" el sexto año, teniendo en ese curso como compañero a Eduar Frei Montalva, a quien conocía desde cuando éste también cursara preparatorias en el citado Seminario.

En 1928 ya estaba José Luis, estudiando medicina en la Universidad de Chile. Era la época en que el país sufría la dictadura ibañista y en las aulas universitarias una pléyade juvenil preparábase en silencio para actuar más tarde con entusiasmo en la política nacional. Mientras se luchaba por aires libertarios, acen tuándose el interés por volver cuanto antes a la democracia.

Perteneció a la ANEC y junto a muchos fundó la Academia Literaria "Carlos Walker Martínez", siendo su presidente cuando Roque Esteban Scarpa, era su secretario. A mitad de 1934 dio a la publicidad *Morbus*, que llamara poderosamente la atención por cuanto era primera vez que un estudiante de medicina captara las numerosas escenas que entregan los hospitales con sus enfermos. Con la mágica pila que Dios le dio, trazó cuadros de profundo contenido humano. Expuso en páginas brillantes el sufrimiento de tantos que se de-

baten entre la vida y la muerte.

Flamante médico en 1936, fue invitado por su tío abuelo Monseñor José María Caro Rodríguez, a la sazón obispo de La Serena, para que se fuera a ejercer a esa zona nortina. José Luis, no lo pensó dos veces y accedió al llamado de su tío que, mientras se ubicaba, le presentaba como residencia su palacio episcopal. Así se le vio llegar a una provincia que no conocía, llevando como credenciales su título, su libro y una juventud plena de entusiasmo profesional.

Fue una figura muy conocida en La Serena. Pasaba a grandes trancos por sus veredas silenciosas y frente a las casas de tres patios y de jardines aromados, de la idílica ciudad. Al poco tiempo se radicó en Andacollo, la tierra del oro y de los milagros. Y cuando muy pronto su tío era llamado por la Santa Sede, en pleno Frente Popular, a ocupar la arquidiócesis de Santiago interrumpiendo el diálogo entre tío y sobrino ya José Luis se había aclimatado en el Norte, echando las honradas raíces de la amistad.

Un vastísimo campo encontró en Andacollo, esforzado pueblo minero, ubicado en la cima de una montaña, cuya cuesta empinada a veces daba "julepe". Una oficina de las más difíciles, donde los obreros del salitre, desplazados desde la pampa, llegaban a sus lavaderos esperanzados en un oro demasiado esquivo.

Los ratos que pudieron ser de descanso los tomó su

vocación política y literaria. "Calle Abajo" y "Tierra del Oro" y de la Virgen son dos novelas entregadas después de años en pulirías. La última superó en calidad y páginas.

No actuó en cenáculos ni círculos de consagrados. Fue íntimo amigo de León Barros Moreira, de Scarpa, de Sabella, de Carmen de Alonso, de Francisco Donoso, de Lecoutt, de Boizard.

Sus ideas socialcristianas bullían en su mente desde sus años santiaguinos y buscando un cauce en donde expandirlas fue uno de los fundadores de la Falange Nacional. Al irse al Norte, fue allí uno de sus dirigentes. Y cuando la juventud se rebelara dentro del peluconismo, adhirió a su independencia, quedando en Coquimbo como su primer presidente provincial. Recorrió los rincones de la extensa provincia y el nuevo partido aprovechó su dinamismo y su prestigio, entregándole los puestos de responsabilidad. Perteneció José Luis a la Falange de la primera época.

Era mi apoderado cuando yo estudiaba en Santiago, mientras él hacía su internado en el San Juan de Dios, encontrándolo allí al acudir por mis necesidades de colegial. No olvidó lo que me ayudó en aquel tiempo de modesto universitario provinciano. Para mí fue un excelente hermano. Conversábamos en los escaños de los jardines en los grandes patios, aprovechando el sol de invierno, o bajo los

largos y sombríos corredores del vetusto edificio, los fines de año.

Fue un fumador de dos o tres cajetillas diarias durante 40 años. Algo que constituía un vicio, pero que en sus horas solitarias era su amigo e inspirador de tantas páginas que formaron libros. El cigarro-con su humo embriagador-iba silenciosamente haciendo su efecto inteno hasta que le trajo el mal sin remedio.

Y con pasmosa tranquilidad escribió el 2 de marzo de 1965 a uno de los suyos: "Desde hace 4 meses tengo molestias a la garganta y poco a poco me he ido poniendo ronco. Desgraciadamente el diagnóstico que yo mismo me empecé a hacer fue con firmado: Cáncer. Esto lo sé desde Enero y se lo he llamado a la Bruny y a la niña" "Creo que mi sobrevida no es más de 2 o 3 meses. Todo depende de cómo se vaya presentando el caso". "Pídele a Dios que me de serenidad hasta el último momento, conformidad para mi mujer y la niña y que tenga los menos dolores posibles".

Y este hombre de 55 años, que había dedicado tantos años al servicio de los demás en una entrega total, hubo de soportar tan terrible enfermedad.

Una traqueotomía lo hizo vivir más de lo que esperaba, permitiéndole llegar hasta los primeros días de enero de hace diez años.

Y demostrando una hombría como pocos, sus últimos meses estuvo entretenido en la corrección de pruebas de su última novela dedicada a Andacollo, obra que alcanzó, a tener en sus manos y aún leer algunos comentarios de prensa.

Pasarán años de su ausencia definitiva, pero su memoria permanecerá fácilmente, recordándola en estos tiempos en que faltan ejemplos como el suyo.

Pichilemu-Enero de 1977

LA PRENSA CUTICO, 21-I-1977 P. 3